

# Rodolfo Ortega Peña ¡Presente!

En uno de aquellos cuadernos líricos del Destierro, Unamuno comentaba cada poema con recuerdos y, entre ellos, uno que nació una tarde gris en que enterraron a un amigo suyo. "Era de los días —decía— en que más me dolía España".

La fría y lluviosa tarde en que enterramos a **Rodolfo Ortega Peña** fue uno de los días en que a todos nos dolió más nuestra Argentina. Sentimos, profundo y lacerante, el dolor clavado en el costado. Una pena innumerable, inenarrable, dura y seca, sin lágrimas ni llanto. Argentina nos dolía más que nunca aquella tarde. No era solamente el amigo querido y admirado a quien habíamos muerto: su amistad inquieta y excitante, su ritmo nervioso, su fértil imaginación, su ingenio desbordante, la fiesta de su inteligencia, su disimulada pero inocultable ternura, su exuberante humanidad, aún su facundia. Era también su propia vida, apasionada y hazafiosa como pocas; y su muerte, tan precisa, fría y calculada. Y aún su propio entierro, fragoroso y agitado como su existencia, sus asesinos golpeando sobre su féretro, sus enemigos mostrando un miedo irracional a su cadáver, sus deudos por millares reivindicando la victoria de su propia muerte. Su postrar batalla y la tierra por sepulcro.

**Rodolfo** fue escogido entre muchos. Era el blanco perfecto y dierno en el centro. No era jefe ni capitaneaba tampoco un determinado partido político o una concreta organización revolucionaria. Su banca, incluso, no fue sino una trinchera más, como antes lo fueron su editorial, su profesión y el periodismo, desde donde libró, siempre despareja, su diaria y sostenida batalla contra la estupidez, la prepotencia y la opresión.

No se ató nunca a la estrechez de partidos o sectas; más no por mera indisciplina, sino porque huyó siempre de todo sectarismo y porque buscó incesante y obstinadamente el ancho cauce que unificara los esfuerzos populares y reuniera en demoledora confluencia las dispersas fuerzas de la Revolución. Maduro de frutos, cargado de razón y de calor humanos, decantadas sus lecturas y sus experiencias, aventadas todas las naturales dudas y vacilaciones, irrevocable su renuncia a los privilegios de su origen, armado de una ideología revolucionaria y hundidas sus raíces vitales en las luchas del pueblo y de la clase trabajadora, **Rodolfo** era sin duda temible enemigo. De allí entonces, de su comprometida independencia, de su enorme capacidad de denuncia y de respuesta, de su prestigio combativo, de su insobornable decisión de servir a todas las organizaciones y grupos que integran el campo revolucionario sin forma alguna de exclusión y sin minúsculas reservas sectarias, de su generosidad y total entrega a la lucha revolucionaria, es que **Rodolfo** fuera el elegido. Simbolizaba, además, una larga y prolongada lucha contra la dictadura militar; había castigado implacablemente a muchos poderosos y les había marcado para siempre con huellas indelebles; había dejado en su camino odios profundos e irreconciliables y sus enemigos —los que había ganado legítimamente, los que no deseaba en modo alguno perder y los que cultivaba diariamente con pasión de prolijo jardinero— jamás perdonarían. Por último, poseía una banca que en sus manos era instrumento formidable de combate.

El imperialismo ya no resistía su presencia; su voz y su denuncia. Menos aún sus lacayos de aquí dentro. Preveían —y no se equivocaban ciertamente— muchos más y más acerbados golpes. **Rodolfo** no cedería. Lo sabían. No dudaban. Y entonces le mataron. Con vileza, con frialdad, con cálculo perfecto, con impunidad, como lo hicieran con tantos otros antes, como lo harán con muchos otros después. Como en la Semana Trágica en la Patagonia, como en Coronel Suárez, como en Trelew, como en Ezeiza, como lo hacen todos los días en los barrios, en los sindicatos y en los locales y concentraciones populares con lo mejor y lo más lúcido de nuestro pueblo.

**Rodolfo Ortega Peña** no ignoraba su destino. Sabía que no era de aquellos que terminaría sus días en un lecho de enfermo, aquejado por las dolencias de los años. No buscaba empero la muerte; por el contrario, amaba profundamente la vida y se daba a ella con pasión y plenitud. Gozaba de las cosas más simples y elementales que conforman la existencia de los hombres. Por ello, nada le era ajeno y todo le llegaba, le penetraba

hasta conmovérle e incluso hasta alterarle. Muchos nos vimos indignarse frente a la injusticia y la arbitrariedad y en sus defensas abandonar no pocas veces el rigor técnico y científico para enfrentar a los jueces con los puños cerrados, fundiendo su propia causa con la del defendido, hermanándose con éste. Otras le vimos rumiar en silencio su dolor y ocultar sus lágrimas frente al conocimiento de torturas, secuestros y asesinatos de militantes y combatientes populares. Todos le vimos acudir siempre presuroso para asistir profesional y humanamente a los prisioneros de la dictadura, sin mostrar temores ni vacilaciones y sin preguntar siquiera la ideología, el partido o la organización de quien o quienes reclamaban sus servicios. Era abogado y sin duda un abogado brillante. Conocía el derecho y todas las técnicas, aún las más ocultas e ignoradas, del oficio. Sabía, sin embargo —era en él conciencia y convicción— que los abogados sólo son —sólo somos— las celestinas del sistema, una suerte de servidores dóciles y más o menos decorosos del régimen capitalista, meros profesionales educados para la defensa, como hecho natural y lógico, del privilegio y la desigualdad. Sin embargo, justificó y ennoblecó su profesión, a la que llegó seguramente alentado por una ilusión romántica o acaso por tradición, del mismo modo que impensadamente se llega algún día a ocupar la casa paterna, orientándola en el sentido de la lucha por la justicia y poniendo los instrumentos del oficio al servicio de "los que lloran y los que sufren". En las "banderillas del tribunal" —**Rodolfo** lo sabía muy bien— se libran muchas veces verdaderas batallas sociales porque allí es donde se cierran y santifican con el clásico "repóngase el sellado y archívese" la mayor parte de las injusticias sociales.

**Eduardo Duhalde**, su amigo y compañero entrañable, en el sobrio y excelente discurso que en representación de todos pronunció en el acto de su inusitado sepelio, describió el sentido y el signo de la evolución política de **Rodolfo**, señaló las enseñanzas que ambos recogieron de sus comunes experiencias sindicales y profesionales y, al par que destacó las causas y motivos de su adhesión al peronismo revolucionario, marcó la línea ideológica de su pensamiento.

Nadie mejor que **Eduardo**, sin duda quien más le conocía y quien compartiera largos años de una lucha que fue común, podría haber sintetizado la vida y la obra de **Rodolfo**; y nadie mejor que él y con mayor fidelidad podría definirlo. Sería ocioso, pues, y también pretencioso, intentar agregar algo a todo lo que **Eduardo** dijo entonces. Sin embargo, fruto, por una parte, de charlas y discusiones y, por la otra, de la observación singular de su conducta y de sus actitudes frente a muchos sucesos políticos contemporáneos, me atrevo a sostener que entre todo lo rescatable de la vida y de la obra de **Rodolfo** perdurará como síntesis y mensaje su convicción de que el camino revolucionario en Argentina, del mismo modo que en el Continente todo impone la posesión de una ideología y un método que no son otros que los que nacen de un materialismo dialéctico y exige la unidad indisoluble de todas las fuerzas y organizaciones revolucionarias del mismo signo que luchan por la Patria Socialista. Abrir, pues, en el seno de esas organizaciones un amplio, fraternal y honesto debate político e ideológico y trasladarlo al pueblo y a la clase trabajadora y esforzarse por crear conductos fluidos de comunicación y diálogo, renunciando a toda expresión sectaria, constituiría el mejor homenaje revolucionario a la memoria combativa y militante de **Rodolfo Ortega Peña**.

Mientras tanto, si aquella tarde gris y lluviosa que enterramos a **Rodolfo** nos dolió más que nunca la Argentina todos los que sufrimos aquel dolor clavado en el costado sabemos bien —**Rodolfo** también lo sabía— que Argentina aún nos seguirá doliendo, día a día, hora a hora y minuto a minuto, hasta que el pueblo y sus organizaciones se unan y libren juntos y ganen juntos la batalla final por la Patria Socialista.

Finalmente, cabría para **Rodolfo** este trozo de un hermoso poema que **Rafael Alberti** escribiera para otro argentino:

"La vida clara, hermosa la memoria,  
hermoso su sentido,  
claro su ejemplo y claros sus deudos".

Córdoba, 7 de agosto de 1974.

GUSTAVO ROCA

chos le  
variedad  
el rigor  
con los  
ia de su  
bs rumiar  
al cono-  
militantes  
siempre  
te a los  
vacila-  
partido o  
sus servi-  
ente. Co-  
s ocultas  
tra en él  
o son —  
uerte de  
régimen  
a la de-  
gio y la  
su profe-  
la ilusión  
odo que  
casa pa-  
la justi-  
vicio de  
andillas  
e libran  
que allí  
"repon-  
s injusti-

trañable,  
ación de  
lio, des-  
tica de  
rogieron  
sionales  
u adhe-  
ideoló-

de cono-  
na que  
la obra  
delidad  
ensioso.  
o enton-  
s y dis-  
lar de  
sucesos  
e entre  
**Rodolfo**  
de que  
o modo  
na ideo-  
cen de  
disolu-  
onarias  
cialista.  
ampio,  
trasla-  
se por  
renun-  
mejor  
y mili-

e ente-  
entina  
ostado  
Argen-  
hora y  
paniza-  
batalla

her-  
otro

ROCA



# Compañero Ortega Peña

¡HASTA LA VICTORIA SIEMPRE!

El 31 de julio de este año, uno de los más lúcidos y abnegados militantes del peronismo revolucionario fue asesinado. Su muerte fue, no solamente un crimen infame, sino, y fundamentalmente, un símbolo de esta época sombría. Ortega Peña defendió al peronismo y al Pueblo cuando la oligarquía en el poder lo reprimía con la mayor ferocidad. Su nombre y su esfuerzo estuvieron allí donde los cobardes, los prudentes y los oportunistas desertaron.

En la lucha cotidiana, casi siempre anónima, tantas veces solitaria, siempre peligrosa. Es entonces lógico que su desaparición coincida con esta etapa de aparente triunfo de los renegados, de los miserables y de los traidores, con este período en que, debajo de los símbolos y de las consignas populares, se disfraza un proceso de represión a la clase obrera, de desmovilización popular y terrorismo ideológico.

No es importante el nombre de sus asesinos. Estamos seguros que el Pueblo los conocerá y juzgara un día. En cambio lo es saber por qué Ortega Peña fue asesinado. Por qué había llegado a ser intolerable al Régimen. Por qué se había hecho necesario suprimirlo.

Ortega Peña levantó su voz contra el Pacto Social. Lo denunció como un instrumento creado para reprimir y aplastar las luchas y reivindicaciones proletarias, como la expresión

más acabada de la lucha de clases, desde el punto de vista del enemigo. Por eso fue asesinado.

Ortega Peña acusó sin descanso la política entreguista de la burocracia sindical, que despojándose hasta de su antigua retórica, asumió sin careta su función de cómplice y capataz de la burguesía. Por eso fue asesinado.

Ortega Peña, desde todas las tribunas a su disposición, enjuició sin descanso el terror de las bandas reaccionarias, la tortura y la injusta cárcel de los militantes populares. Por eso fue asesinado.

Ortega Peña se negó a "olvidar" y "perdonar" los crímenes y despojos de los personeros del imperialismo, los mismos que hoy regresan a ocupar los cargos que fugazmente abandonaron. Por eso fue asesinado. Ortega Peña mantuvo en alto las consignas del peronismo revolucionario, la tradición de las ensangrentadas banderas de la Resistencia Peronista y desenmascaró sin tregua la traición ideológica, el macartismo y la pomposa y vacía "ortodoxia" que hoy campea, voceada por los aduleses y trepadores de siempre, en el Movimiento. Por eso fue asesinado.

Ortega Peña fustigó el reformismo temeroso de las políticas de recambio y el sectarismo iluminado que divide el campo del pueblo. Ortega Peña hizo de su banca de diputado una formidable herramienta de esclarecimiento y denuncia.

Utilizó sus fueros para impulsar y ayudar cuanto lucha obrera, cuanto movimiento de protesta legítimo surgía en el país. Por eso fue asesinado.

Ortega Peña, en fin, jamás perdió de vista los intereses del proletariado y la Revolución. Su vida fue una incansable búsqueda de los caminos de la organización revolucionaria del pueblo, y un testimonio de rebeldía irreductible. Tribuno popular, ensayista, historiador, militante de base, abogado de combatientes, parlamentario, fue ultimado cuando su existencia se aproximaba a esa síntesis insuperable que es la completa fusión con el destino de su pueblo. Por eso lo odiaron el imperialismo, la burguesía explotadora, la burocracia entreguista, los torturadores y los políticos del miedo y la corrupción. Por eso tenía que morir. Por eso lo asesinaron.

Detrás de su muerte vendrán otras, que tendrán el mismo sentido. No vamos a ensayar aquí torpes frases de consuelo. Ortega no es reemplazable. Un destino sin misericordia lo aleja cuando su inteligencia, su valor y su experiencia nos era más necesarios. Pero todas las muertes de los combatientes revolucionarios serán recobradas cuando la Revolución, por las que ellas nacieron, se haya hecho la Patria Socialista en la que Ortega soñó, y por la que vivió, luchó y murió.

Eduardo Duhalde - Mario A. Hernández  
- Roberto Sinigaglia - Gustavo Roca -  
Carlos González Garland.